

Parte II

Cidades em declínio e simultânea centralidade das cidades: economia, sociedade e espaço

Economía y ciudad: algunas propuestas teóricas

◀ Luis Mauricio Cuervo González*

Introducción

Este escrito consigna una serie de recomendaciones metodológicas generales para el tratamiento de las relaciones entre dinámica económica y socio-espacial, entre industrialización y urbanización.

Antes de abordar el desarrollo de estas propuestas, es indispensable tomar una precaución general. Las recomendaciones metodológicas generales tienen un carácter muy preciso, que no debe ser pasado por alto si se quieren evitar malas interpretaciones. Entendemos a estas recomendaciones como *indicaciones de trabajo*; no como conclusiones o afirmaciones completamente establecidas. Ellas representan un programa de investigación teórica y empírica de largo plazo, señalan una ruta de trabajo a seguir, pero no son de por sí un punto de llegada, no son el final sino el principio del camino. Esta ruta, sin embargo, ha tomado mucho tiempo de elaboración, pues tiene el cuidado de consignar un conjunto de interrogaciones y sugerencias adecuadamente formuladas.

Tres puntos de partida orientan nuestra reflexión (Cuervo & González, 1997, Introducción). En primer lugar, se propone la necesidad de reconocer la especificidad de la urbanización como objeto de análisis y derivar de allí consecuencias

* Economista de la Universidad de los Andes y Doctor en Urbanismo del Instituto de Urbanismo de Paris, Universidad de Paris XIII. Profesor Titular de la Universidad de los Andes. Director del Centro Interdisciplinario de Estudios Regionales (CIDER), desde 1998. Miembro del Grupo Coordinador de la Red Iberoamericana de Investigadores sobre Globalización y Territorio.

teórico-metodológicas para el análisis de la relación entre economía y espacio. En segundo lugar se plantea la importancia de reconocer la autonomía de lo socio-espacial para construir relaciones de interdependencia entre lo económico y lo espacial más que relaciones de determinación de lo segundo por lo primero, como ha sido usualmente el caso. Finalmente, se propone la necesidad de superar el *concentracionismo*, es decir, la incorporación del espacio al análisis económico limitada por el concepto de concentración espacial. Las dos primeras recomendaciones nos han de permitir desarrollar un análisis económico socio-espacial no economicista. La última ha de conducirnos a enriquecer el bagaje conceptual existente como respuesta a los retos planteados por esta visión no economicista del desarrollo socio-espacial.

La estrategia: mejor diálogo que consenso

La revisión de los diferentes abordajes del espacio social y de la ciudad sugiere una primera conclusión general. Las diferentes disciplinas, las distintas escuelas, dejan al descubierto una dificultad mayor a la hora de intentar comprender la ciudad: no logran una satisfactoria articulación entre lo abstracto y lo concreto, entre lo general y lo particular. Esta constatación sugiere la apertura de un camino, la *búsqueda de una nueva forma* de articular estos dos planos, de definir criterios de cientificidad diferentes de los imperantes.

Es en esta forma que entendemos la necesidad de hablar de *complejidad*. La complejidad, a nuestro entender, no se justifica por el hecho de existir fenómenos nuevos cuya naturaleza o riqueza exijan un acercamiento diferente al existente. Su fundamento no es la aparición de problemáticas nuevas como la ambiental o la socio-espacial, que parecen fusionar o entretrejer de manera intrincada y difícilmente comprensible diversos planos de la teoría. En verdad, cualquier fenómeno que pretenda estudiarse presenta esta misma característica de multiplicidad, de multilateralidad, de variedad, de particularidad. Ahí, por tanto, no está la novedad. La novedad consiste -y esto retoma una muy tradicional discusión en filosofía- en hacer presente que los paradigmas utilizados no han logrado una reconstrucción satisfactoria de la articulación de los dos planos mencionados, y que, por tanto, nos colocan frente a la penosa e irresponsable alternativa de caer en excesos de abstracción o de concreción sin poder circular libremente entre uno y otro.

Los llamados a esta búsqueda vienen de muy diversos lugares. Están quienes utilizando argumentaciones de corte determinista y universalista tradicionales se enfrentan a barreras infranqueables que los llevan a soluciones inconsistentes o claramente fragmentarias e incompletas. Están, por otra parte, quienes captan desde un principio las dificultades de los paradigmas dominantes y se esfuerzan por desarrollar alternativas epistemológicas.

En la economía regional y urbana, los autores de sociología urbana discutidos y el trabajo de Bollnow (1969) caben dentro de esta primera categoría. En el caso de la economía, se observa que ninguno de los dos paradigmas dominantes, equilibrio y conflicto, logra un pasaje satisfactorio entre la explicación del comportamiento económico individual y colectivo (Cuervo & González, 1997). Esta limitación se ha expresado bajo la forma de búsquedas conceptuales y teóricas interesantes, renovadoras, algunas de las cuales replantean las fundaciones mismas de la economía. Sin embargo, no han madurado aún la proposición de alternativas viables, y por consiguiente los puntos de referencia básicos siguen siendo los mismos.

Algunos trabajos de sociología urbana revisados no abordan explícitamente esta problemática; la discusión y alternativas propuestas al concepto de espacio y ciudad ponen de manifiesto las limitaciones de la argumentación universalista. Se establece una tajante división entre concreto y abstracto, haciéndola corresponder a la distinción entre ideología y ciencia (Pradilla, 1984), renunciando así a la pretensión misma de articular estos dos planos, de concebirlos como parte de una totalidad. Se cae en una posición esencialista difícilmente sostenible. Por esta vía se sitúa al espacio en el campo de los “estudios particulares” y se le entiende excluido de la posibilidad de constituir una base para el desarrollo de una ciencia. Finalmente, aunque Bollnow (1969) parte de considerar el espacio como esencial al ser humano, intenta fundarlo recurriendo a los principios universalistas y deterministas, desembocando en los callejones sin salida que tuvimos la oportunidad de precisar. En particular, no logra resolver el pasaje del espacio individual al colectivo y de la formación de una centralidad social.

Ansary y Schonbrodt (1989) hacen una clara identificación del problema de cientificidad envuelto en el estudio que la filosofía hace de la ciudad. El pensamiento filosófico ha girado en torno de dos extremos irreconciliables, el de la metafísica universal y el de las metafísicas ultra-especializadas, sin conseguir establecer un puente entre los dos. El fenómeno de la ciudad, por su riqueza y por su importancia en el condicionamiento del comportamiento social, aparece como una oportunidad interesante para reconciliar estos dos polos, para integrarlos en una visión de conjunto. Se entiende claramente, además, cómo en esta propuesta se articula la intención de construir un pensamiento objetivo con el deseo de construir una alternativa política pluralista. Lefebvre (1981) plantea igualmente la necesidad de tomar un recorrido diferente a lo que él denomina la dialéctica de la temporalidad y de las formas universales en Hegel y Marx. Propone tomar como fundamento la comprensión de los contenidos, de la riqueza de lo particular, y construir una dialéctica diferente, la de la producción del espacio. Una vía semejante se entreteje en la geografía sistémica (Huriot, Dericke, Pumain, 1996), que propone claramente la necesidad de una nueva cientificidad construida a partir de la definición de la ciudad como sistema abierto, evolutivo y auto-organizado. La dinámica reemplaza a la estática, el azar sustituye a la determinación, y la geometría fractal tiende a imponerse sobre la euclidiana.

Las estrategias y caminos propuestos a partir de estas constataciones no son coincidentes, y giran en torno de dos grandes alternativas: construir una nueva teoría unitaria, que englobe el conocimiento fragmentado, o alternatively abrir paso al diálogo, a la construcción de puntos de confrontación e intersección. En otras palabras, se requiere tomar la decisión de emprender el camino del consenso o del diálogo.

En las actuales condiciones resulta pretencioso e inconveniente formularse el camino del consenso, sea éste del tipo ensayado por Bollnow (1969), o bien del estilo avanzado por Lefebvre (1981). Las salidas alternativas en exploración no están lo suficientemente maduras como para constituir una posibilidad de reemplazo de los paradigmas dominantes: los conceptos de totalidad propuestos son apenas metáforas sugestivas sin suficiente contrastación empírica y con un muy preliminar desarrollo metodológico. Algunos de ellos han sido importados de las ciencias naturales y requieren aún un mayor esfuerzo de atemperamiento, de adaptación y de especificación al campo de las ciencias sociales. Por consiguiente, pretender la existencia de un paradigma de reemplazo equivaldría a renunciar a la posibilidad de hacer confluir las búsquedas, de ponerlas a intercambiar ideas y experiencias, de trabajar con la soberbia de pensarse poseedor de alguna verdad, cualquiera sea su tamaño o naturaleza.

La estrategia más conveniente, que por comodidad hemos llamado “pragmática”, es entonces la del diálogo, la de la construcción en equipo. El punto de partida es el reconocimiento de la verdad relativa del otro y de la relatividad de mi propia verdad como único camino posible para establecer un diálogo mutuamente enriquecedor. Sin embargo, en este proceso es necesario hacer paralelamente el esfuerzo de construir nuevas nociones de unidad, nuevos conceptos de integridad, aún cuando ellos en principio no tengan más que un carácter metafórico o analógico. La primera condición es básica para explotar plenamente las posibilidades de los paradigmas existentes, de no desperdiciar sus posibilidades argumentativas e investigativas. La segunda es indispensable para establecer terrenos de construcción común, empresas colectivas sin las cuales el diálogo sería totalmente inconducente.

Siguiendo las indicaciones de esta estrategia hemos emprendido nuestro trabajo. Renunciando al propósito de construir una nueva teoría unitaria, tomamos el camino de buscar una intersección prometedora. En este caso, la de la relación entre dinámica económica y socio-espacial. En vez de pretender una nueva síntesis teórica, propusimos una representación de la economía regional y urbana como campo problemático constituido (Cuervo & Gonzalez, 1997) por la existencia de preguntas y referencias comunes, ampliamente aceptadas, pero abordadas con diversidad de conceptos, de teorías y de metodologías. En su carácter de campo problemático se entiende que la economía regional y urbana no cuenta con una argumentación completa, coherente y consistente, sino que es apenas,

por el momento, la suma de búsquedas superpuestas, en algunos casos concurrentes, agrupables en tres grandes dimensiones socio-espaciales: micro, meso y macro. Hicimos el esfuerzo por reconocer la verdad relativa de cada escuela, por valorizar sus mejores hallazgos y avances, y por poner al descubierto sus dificultades. Por esta vía terminamos proponiendo una imagen que hace énfasis en el carácter complementario de las visiones y en la necesidad de despojarlas de pretensiones totalitarias como única vía para avanzar en el progreso del conocimiento y, más particularmente, en la comprensión de los problemas de la ciudad y del espacio social.

Con este mismo espíritu, la vía de construcción de la intersección entre desarrollo económico y socio-espacial adquiere un sentido contrario al tradicional. En vez de tomar como punto de partida los principios tradicionales de la economía y construir a partir de ellos una representación del espacio, intentamos empezar por construir una representación del espacio como sistema complejo, para de allí derivar los requisitos teóricos y metodológicos que la economía regional y urbana debe respetar a fin de garantizar su aporte al desarrollo del conocimiento en esta área.

El estatuto teórico del espacio social

Una parte del análisis realizado por Cuervo & González (1997) ha girado en torno de la definición del estatuto teórico del espacio social. Se tuvo la oportunidad de analizar y discutir posiciones extremas, desde aquéllas que no le reconocen al análisis socio-espacial un estatuto teórico propio, hasta aquéllas que lo proponen como nueva ciencia o, incluso, como ciencia por encima de todas las ciencias. Plantearemos a continuación las conclusiones que extraemos del debate abordado y las consecuencias derivadas en materia de la definición del espacio social.

Las posiciones expresadas en los dos numerales anteriores explican y justifican nuestro rechazo de cualquiera de estas dos alternativas extremas: la problemática socio-espacial no es un simple reflejo de la estructura social, pero tampoco es una teoría integradora de todas las ciencias, una metaciencia. La problemática socio-espacial es una dimensión pertinente y específica de lo social, que debe ser abordada con el criterio de buscar nuevas formas de articulación de lo concreto y lo abstracto, pero sin pretenderla como la ciencia redentora, capaz de agrupar tras de sí a todas las demás e integrarlas en un solo cuerpo.

Nuestra negativa a concebir la problemática socio-espacial como una nueva teoría integradora se deriva de los mismos criterios que nos llevaron a rechazar la existencia de un nuevo paradigma para el análisis del espacio social, y a proponer el camino del diálogo y de la construcción de canales de discusión que vayan

abriendo la problemática de las disciplinas particulares sin desconocer su aporte al desarrollo del conocimiento. Veamos entonces las razones que nos llevan a rechazar la primera alternativa, la de concebir el espacio social como simple reflejo de la estructura social.

Las argumentaciones de los autores revisados que pretenden negar la cientificidad del análisis socio-espacial ponen al descubierto dos dificultades de orden muy diferente. Una primera irreconciliable, en la medida de que parte de una posición epistemológica diferente a la nuestra. Hay una posición determinista y universalista de la ciencia como instrumento de conocimiento: se la considera el reflejo fiel y objetivo de la realidad, y a esta última se la piensa constituida por leyes determinísticas, donde lo universal determina lo particular, lo abstracto explica lo concreto. En contraste, nosotros consideramos el conocimiento científico como una de múltiples formas de representación mental de la realidad, poseedora de una serie de reglas de contrastabilidad y comunicatividad que la hacen particular y la dotan de una capacidad de desarrollo y acumulación que no suele estar presente en las demás formas de representación. El conocimiento científico no sólo no es la única forma de conocimiento, sino que tampoco posee la objetividad y fidelidad que se le pretende: cada representación científica está relativizada tanto por los *a priori* que definen las orientaciones de partida, como por los métodos de observación y desarrollo metodológico que encuadran la investigación empírica. Adicionalmente, no sólo no reconocemos la disociación entre lo concreto y lo abstracto, sino que creemos que una de las funciones centrales del trabajo teórico consiste en intentar reconstruir la articulación existente entre estos dos niveles. En conclusión, ni existe verdad por encima de las demás, ni es aceptable excluir la esfera de lo particular y de lo concreto de las finalidades de la ciencia.

Una segunda dificultad se relaciona con la existencia de errores e inconsistencias en las argumentaciones de quienes pretenden negar la posibilidad de constituir una teoría socio-espacial. Castells (1976) y Pradilla (1984) arriban a una salida sin sentido. Tanto el uno como el otro entienden la importancia de la problemática urbana e intentan definirle un estatuto teórico preciso. En ambos casos, la solución obtenida consiste en reconocerle el papel de teoría derivada: especificación de la teoría social para Castells, desarrollo del materialismo histórico para Pradilla. De este reconocimiento ambos autores terminan derivando una salida que, llevada al absurdo, significa la inutilidad del esfuerzo realizado por ambos. Para Castells el espacio termina siendo un reflejo fiel y limpio de la estructura social, mientras que para Pradilla el Sistema de Soportes Materiales de la Formación Social resulta un conjunto de elementos que no posee autonomía ni unidad propias y que, por consiguiente, no corresponde a su caracterización inicial como sistema.

La argumentación de Coraggio (1988) se sitúa en una posición relativamente intermedia. Aunque tampoco reconoce el estatuto teórico de la problemática socio-espacial e incluso rechaza abiertamente la posibilidad de que ella actúe como “variable independiente” en la explicación de ciertos fenómenos, y en este sentido se acerca a Castells y Pradilla, hace el esfuerzo por entender la naturaleza propia de este campo de análisis y por construir algunas categorías útiles para desarrollarlo. Reconoce por ejemplo el papel central del análisis formal, del papel de la geometría en la comprensión de las características propias de estos fenómenos. Identifica además las múltiples vías de determinación entre lo social y lo socio-espacial, y abre así una pequeña puerta a la reflexión del espacio social como objeto complejo. Sin embargo, su rechazo de la problemática socio-espacial como teoría pone de presente una dificultad de orden mayor, la de los métodos de validación de un argumento para reconocer el alcance que posee: general o particular.

Coraggio, al suponer una autonomía de las relaciones sociales con respecto a sus formas de existencia material, cae en la trampa de validar implícitamente por lo menos tres sesgos graves en el establecimiento de generalizaciones: evolucionismo, etnocentrismo y teleologismo. Bollnow y Léfèbvre son dos casos representativos de las consecuencias de estas visiones. Bollnow, por ejemplo, ni siquiera se pregunta si la validez de su discusión trasciende el mundo occidental o su propio país de origen. Léfèbvre adopta una fórmula ya utilizada por Marx -estudiar las “sociedades más desarrolladas” como prefiguración de las menos avanzadas-, y cae así en la tentación evolucionista. Ninguna de estas dos salidas hace justicia al valor del trabajo realizado por estos autores, útil para entender más claramente la naturaleza del espacio social y su papel fundamental en el desarrollo de la sociedad.

Las definiciones del espacio social

Es difícil encontrar definiciones explícitas del espacio social. O bien se ofrece un largo número de propiedades características, o bien se argumenta su importancia como categoría de análisis social e indirectamente se ofrece una idea de su naturaleza. No aventuraremos una definición original. Simplemente haremos una síntesis de las ofrecidas en algunos trabajos previos.

Un primer punto, esencial a nuestro entender, es excluir la concepción del espacio como un medio preexistente al hombre y la sociedad. El espacio es un producto humano, tanto de la sociedad como de los grupos y de los individuos que la componen. Se trata además de un producto estratégico, esencial puesto que tanto las relaciones del hombre con la naturaleza como las relaciones entre los seres humanos están mediadas por el espacio social. Mediar significa una y varias cosas a la vez: servir de instrumento, condicionar, determinar, limitar, obstaculizar, canalizar, sugerir, expresar, callar, etc.

No obstante, dependiendo del lente conque se lo mire, el espacio aparecerá como producto o como medio preexistente. En su carácter intergeneracional (largo plazo) y colectivo (social), es producto del hombre y de la sociedad. Al contrario, para cada generación (corto plazo) e individuo o grupo (individual), es un medio preexistente, una restricción, una condición, un canal y un instrumento al cual se debe acomodar por su incapacidad de rehacerlo a su antojo.

Como conjunto, en su carácter de unidad integral, se trata de un producto involuntario, por ser el resultado de la combinación de lógicas múltiples y diversas, desarrolladas en planos también muy variados, con temporalidades muy diversas. En sus partes es resultado directo de la acción de grupos y generaciones determinadas, refleja y sirve de soporte al desarrollo de proyectos humanos con finalidades diversas pero precisas y explícitamente formuladas: de acumulación de riqueza, de control político, de intimidación, de comunicación, y de placer lúdico y estético.

Como medio, hace posible, da vía libre al desarrollo de relaciones que se desenvuelven en ámbitos muy diferentes y que establecen interacciones de muy diverso orden y naturaleza. Unas se desenvuelven a escala planetaria, otras a nivel continental, regional, nacional, local, infra-local. En algunos casos se establecen relaciones de conflicto; en otros de complementariedad, de indiferencia, de integración o de exclusión. Como medio, desempeña su rol a través de muy variadas formas: por medio del espacio construido (las edificaciones y de las redes), del espacio vivido, del espacio concebido. Su existencia, por tanto, es tan real como imaginaria, captable por los sentidos pero igualmente difusa e intermediada.

Como estructura, se organiza a partir del principio de centralidad, expresión, y desarrollo de la oposición de las fuerzas de concentración y de dispersión, del encuentro entre las tendencias de integración y exclusión, del juego entre la competencia y la complementariedad, del contraste entre la búsqueda de semejanza y diferenciación. Se expresa a través de formas representables por medio de puntos, líneas, ejes, rutas, circuitos, figuras; con diferentes planos y escalas superpuestos, interpuestos, coexistentes. Es esta característica de representabilidad formal de la cual parten y derivan sus principales particularidades, por ser ella misma expresión del papel que cada uno de los componentes del espacio social juega en la mediación de las relaciones sociales y ecológicas. Las formas adoptadas por los elementos median sus relaciones: los lugares, las posiciones, los flujos, las estructuras de concentración, los ejes, son componentes y canales a través de los cuales las interrelaciones toman cuerpo, asumen una cierta estructura, adoptan una cierta dinámica de transformación.

El espacio social en general, y la ciudad como su forma dominante, pueden entenderse como *una organización particular de interacciones complejas reguladas a través de la posición, la forma, y las estructuras de centralidad de los elementos*. La ciudad es un microcosmos del espacio social y condensa sus caracte-

rísticas. No obstante, posee rasgos que la hacen particular, que la especifican: la densidad de los elementos y la intensidad de las interacciones generan diferencias cuantitativas y cualitativas en el comportamiento de la ciudad como componente particular pero dominante del espacio social.

Por una definición sistémica de la ciudad

El recorrido adelantado nos sugiere que la visión sistémica de la ciudad es la que ofrece las posibilidades más interesantes para encontrar nuevas formas de articulación entre lo abstracto y lo concreto, lo general y lo particular, sin pasar por alto su particularidad mayor, la de ser un fenómeno espacial. Veamos el significado preciso de cada uno de estos dos componentes.

“La ciudad es *una organización particular de interacciones* entre individuos, grupos y actividades. El funcionamiento de estas interacciones está en el núcleo de la comprensión del fenómeno de aglomeración, es decir, de la formación y del crecimiento de las ciudades” (Huriot-Dericke-Pumain, 1996, p. 324-325; los subrayados son nuestros). Existiendo numerosas organizaciones interactivas, la clave para la definición de la ciudad está por ende en conseguir asimilarla y diferenciarla de las demás. En lo que hace a sus semejanzas con otras formas de organización, la ciudad es un sistema complejo y abierto. En lo que respecta a sus especificidades, es un sistema evolutivo, espacial y auto-organizado.

En su característica de sistema, la ciudad reconoce la existencia de múltiples elementos interactuantes, con autonomía relativa pero cohesionados. Esta cohesión, sin embargo, no está explicada por la existencia de una racionalidad universal abstracta, por un principio general organizador del todo; no es, por tanto, una cohesión de tipo determinista universalista. Se trata más bien de *una cohesión involuntaria*, resultado del juego de múltiples interacciones entre agentes, planos, niveles y temporalidades. A pesar de su origen complejo, esta cohesión se manifiesta en la existencia de una serie de regularidades empírico-espaciales: “Sin embargo, observando ciudades de dimensiones comparables, se constatan importantes similitudes en la disposición geográfica de las actividades o en la repartición de las densidades demográficas” (Pumain, Sanders, Saint-Julien, 1989, p. 3).

Esta cohesión posee adicionalmente dos características dinámicas complementarias: la de la reproducción, y la del cambio impredecible. El juego interno y plural de los actores y los elementos constituye y explica la cohesión del sistema, manifiesta en la existencia de formas urbanas, de regularidades socio-espaciales. Este aspecto de la dinámica del sistema se entiende como el resultado de *su capacidad de auto-organización*: “Estas formas urbanas, construidas ‘involuntariamente’ por el juego de actores que ajustan continuamente su comportamiento en función de las interrelaciones mutuas y de los cambios en el ambiente de la

ciudad, constituyen lo que se denomina un ‘fenómeno de auto-organización’” (Pumain, Sanders, Saint-Julien, 1989: p. 4).

Sin embargo, esta propiedad auto-organizativa no agota la explicación de la dinámica del sistema; es decir, las formas producidas no están enteramente determinadas por las interacciones elementales. “Lo propio de los sistemas *complejos* es, en efecto, el conocer momentos de inestabilidad, de fases a lo largo de las cuales varios futuros entran en consideración, varias soluciones son posibles y donde la cristalización ulterior en una forma dada puede depender de la amplificación de un detalle, de un cambio menor” (Pumain, Sanders, Saint-Julien, 1989: p. 4).

La especificidad de la ciudad se juega no solamente en el hecho de ser un sistema *evolutivo*, con capacidad de adaptación al cambio en el medio exterior, sino muy particularmente en ser un sistema en donde *lo nuevo se crea*, proceso de creación e innovación en el cual el lugar, la forma, la proximidad, desempeñan un rol fundamental. “Faltan aún investigaciones para articular la forma de las redes sociales locales (en una ciudad) a la del conjunto de ciudades. En particular, no se sabe muy bien lo que produce la eficacia de una “sinergia” local, de una forma particular de las relaciones sociales en una ciudad, la cual, según algunos, facilitarían su adaptación al cambio (...) Todo sucede como si mientras que las redes sociales se renuevan a través de la migración de personas y del paso de las generaciones, *algunos savoir-faire urbanos se perpetuarían en los mismos lugares*, lo cual sólo es comprensible como resultado de un conjunto de efectos de retorno y de limitaciones ejercidas por el lugar y los actores y por procesos de aprendizaje exigentes de largos períodos de tiempo para aportar resultados significativos en la competencia interurbana” (Pumain-Robic, 1996, pp.146-147; los subrayados son nuestros)

Los rasgos de la ciudad como sistema evolutivo y auto-organizado parecen entonces íntimamente asociados a su característica de ser un fenómeno espacial. Por esta razón, la definición misma de lo que se entiende por espacio, y el papel que se le atribuye en el juego de las interacciones antes descritas, resulta fundamental, si no indispensable, para comprender la ciudad. Por lo tanto, a partir de la anterior aclaración, se intentará profundizar en este aspecto central de la ciudad.

Elementos de economía socio-espacial

La economía socio-espacial es el conjunto de intersección de varias disciplinas cuyo objetivo preciso es el de discernir en qué y cómo las formas espaciales intervienen sobre el comportamiento de los agentes económicos y, en sentido inverso, en qué y cómo el comportamiento de los agentes económicos interviene en la elaboración de estas formas.

Las características de la economía socio-espacial deben adecuarse a las peculiaridades del objeto de estudio, el espacio social. En su espíritu, debe responder a la misma inspiración de lo hasta ahora planteado: no debe pretenderse la única, la mejor o la más completa de las explicaciones; debe respetar la existencia de otras dimensiones, aceptar su posible subordinación a ellas y construir argumentos y elaboraciones teóricas específicas que reconozcan explícitamente sus limitaciones de alcance y profundidad. La mejor manera de llevar a cabo esta recomendación es invertir el proceso de elaboración teórica: en vez de partir de los principios de la economía y derivar de allí la representación del espacio, debe intentarse discernir las propiedades del espacio social, inspirándonos en diversas disciplinas y corrientes de pensamiento, y derivar de allí las exigencias teóricas para que la economía aporte a su comprensión.

Teniendo en cuenta las peculiaridades del espacio social como objeto de estudio, entendemos necesario desarrollar por lo menos tres puntos de partida elementales a partir de los cuales construir la economía socio-espacial. Primero, elaborar conceptos socio-espaciales específicos que sirvan de punto de partida y llegada a la construcción de los argumentos explicativos. Las *estructuras de concentración* son este concepto central que nos permitirá caracterizar la configuración socio-espacial en un momento determinado. Segundo, comprender las particularidades de la dinámica socio-espacial, diferenciando los procesos de reproducción y de cambio, de estabilidad y de transformación. Las *estructuras de temporalidad* pueden ser el concepto a partir del cual sea posible comprender la lógica de transformación de las estructuras de concentración. Finalmente, reconociendo la pluralidad del espacio, el desarrollo de los fenómenos a escalas múltiples con relaciones diversas, debe intentarse comprender *las estructuras de nivel*, es decir, las relaciones particulares que se establecen entre los niveles socio-espaciales, cambiantes ellos mismos e indefinibles de manera universal, en cada momento del tiempo. A partir de estos tres pilares será más fácilmente abordable el problema de entender las relaciones entre dinámica económica y socio-espacial.

Componentes del concepto de estructuras de concentración

La concentración espacial de las personas, las actividades económicas, los recursos, del espacio construido, es un punto de partida tomado por diversas escuelas y disciplinas. No puede hablarse sin embargo de consenso, pues hay algunas aproximaciones, como la economía neoclásica ortodoxa, que consideran la existencia de tendencias a la convergencia en las dinámicas del desarrollo socio-espacial y prospectan la formación de un espacio homogéneo. Antes que acudir a consideraciones lógicas o epistemológicas para distanciarse de esta posición, tomamos la evidencia empírica como el principal argumento en su contra. Por tanto, la tendencia a la aglomeración de la población, de la actividad económica, de la riqueza cultural y del poder en ciudades y regiones precisas, es el punto de par-

tida más elemental para la construcción del concepto de estructuras de concentración. Sin embargo, como lo veremos adelante, es claramente insuficiente.

Buena parte de la discusión teórica y de la investigación empírica gira en torno de la determinación del ritmo, alcance y explicación de las tendencias concentrativas o desconcentrativas espaciales en determinado momento y lugar. No obstante, los mencionados debates suelen girar en torno de una serie de malentendidos que podrían ser despejados acudiendo al concepto propuesto:

- Uno de los errores más frecuentes consiste en prolongar al futuro las tendencias presentes, sean éstas concentrativas o desconcentrativas, anunciando así “descubrimientos” con denominaciones usualmente rimbombantes. La mejor forma de evitar la pérdida de energía en discusiones estériles como ésta es tener en cuenta que la concentración no se desarrolla linealmente, sino que suele evolucionar de forma cíclica. Por tanto, en vez de preguntarse si está bajando o subiendo, o si el comportamiento se prolonga o no al futuro, *la economía socio-espacial debería ir más allá, e intentar descubrir las características del ciclo concentrativo* en términos similares a los adelantados por la economía: longitud e intensidad de las fases, ondas largas y cortas, mecanismos de regulación presentes en la modulación de estos comportamientos. En estos términos las preguntas a formularse serían más precisas, y sus interpretaciones darían lugar a afirmaciones más matizadas. Mejor aún, si las peculiaridades de los ciclos logran ser determinadas, al igual que sus explicaciones, la economía socio-espacial estará mejor dotada para determinar si los procesos en curso implican o no algún cambio estructural.

- Otro de los errores persistentes es el pasar por alto que las escalas y los puntos de referencia de la concentración están en permanente transformación. La omisión de este hecho lleva en ocasiones a interpretar incorrectamente fenómenos aparentemente desconcentrativos, que en realidad no son más que una expresión de que la concentración ha cambiado de escala y eventualmente de forma. Por consiguiente, otro de los propósitos del término de estructuras de concentración debe ser el dejar sentada la existencia de *formas espaciales de la concentración, cambiantes en términos de dimensión y de estructura*.

La distinción de los dos componentes esenciales del sistema urbano propuesta por la geografía urbana es clave para entender la estructura y evolución de este fenómeno. La actividad económica del sistema urbano estará doblemente determinada por las centralidades de cobertura y de red de los puntos de concentración. Las dinámicas demográficas y territoriales, la evolución de los sistemas de transporte y comunicación, y los avances organizacionales de la actividad económica, estarán en la base de la explicación de las transformaciones de las formas de concentración espacial imperantes en cada momento y lugar. Tanto los conceptos de especialización, diversificación y concurrencia, como los de localización óptima, áreas de mercado y jerarquización urbana, son útiles para discernir la

existencia de estos factores y tendencias: los primeros contribuirán a entender la centralidad de red, mientras que los tres últimos serán más apropiados para comprender la centralidad de cobertura.

La economía regional y urbana ha desarrollado modelos, teorías e investigaciones que podrían servir de base para el desarrollo del concepto propuesto. Mencionaremos brevemente algunos de los elementos que deberían ser recogidos y estructurados. Diferentes estudios y aproximaciones confluyen hacia un punto común, aún cuando lo denominen de diferente forma. Hay una gran coincidencia en que uno de los factores que determina la concentración de las actividades en un solo punto es la escasez e irreproductibilidad de un determinado factor o condición que, adicionalmente, genera ventajas en cuanto a productividad, rentabilidad, adaptabilidad o estabilidad. Independientemente de si la teoría es o no capaz de explicar por qué se formó en un determinado sitio y cómo se constituyó en ventaja económica, *un paso esencial en la caracterización de una estructura de concentración sería determinar el tipo de escasez y de factor económico relativamente inmóvil dominante*. Esta explicación debe obviamente reconocer que tal inmovilidad puede desaparecer o dejar de ser significativa económicamente hablando. Este reconocimiento permitirá dar cabida al análisis dinámico: al hecho de que las ventajas adquiridas no lo son eternamente. Así pues, un primer criterio para reconocer el paso de una estructura concentrativa a otra es la identificación del relevo de un factor limitante por otro. Los factores responsables de estas modificaciones darán las pistas necesarias para explorar el origen de tales transformaciones.

Los conceptos de tejido económico, sistema de externalidades y reproducción de la fuerza de trabajo, son formas alternativas intentadas por la economía regional y urbana para dar cuenta del proceso de formación, consolidación y desaparición de fenómenos de escasez, inmovilidad e irreproductibilidad de condiciones económicas asociadas al espacio.

Estructuras de temporalidad

La manera en que el tiempo se inscribe en el espacio es un fenómeno bastante menos estudiado, tanto por la economía regional y urbana como por las otras disciplinas revisadas, que el de la concentración. Por consiguiente, es más difícil establecer alternativas o búsquedas concretas. Será necesario adelantar investigaciones cuyo propósito fundamental sea descifrar las características de este proceso. Sin embargo, mencionaremos las consideraciones generales que hasta el momento nos han llevado a colocarlo en un plano central.

Dos principios elementales deberían ser considerados. Por una parte, será indispensable tener en cuenta que la dinámica de cambio económico tiene un ritmo diferente, y que tiende a expresarse sobre la dinámica socio-espacial con cierto

rezago, o nunca. Hay transformaciones socioeconómicas que no necesitan realizar modificaciones espaciales para operar, para hacerse efectivas. Otras pueden hacerlo modificando solamente el uso del espacio construido, sin necesidad de rehacerlo o modificarlo. Otras, finalmente, requerirán transformar el espacio construido para poder operar con la eficacia y amplitud pretendidas. Dependiendo de estas diferencias el rezago entre una dinámica de cambio y la otra será menor o mayor, e igualmente requerirá menores o mayores transformaciones socio-espaciales.

La pregunta principal a resolver en este nivel es la siguiente: ¿las modificaciones en el entorno mundial, nacional y local de la competencia industrial exigen una transformación de la estructura socio-espacial del país, o una simple adaptación y ajuste? ¿Permitirá la confrontación de los cambios en la industria con los rasgos de las ciudades y sus capacidades de adaptación entender la profundidad o superficialidad de las modificaciones socio-espaciales resultantes?

Estructuras de nivel

Las diferentes aproximaciones coinciden en destacar la existencia de diferentes planos de resolución de las relaciones socio-espaciales. Dos fenómenos se entremezclan en la determinación de estos planos: uno de orden visual, otro de orden concreto. En lo visual, resulta evidente que las representaciones del espacio tienen que escoger el grado de detalle y la escala con los que pretenden observar los fenómenos. Mientras mayor es el grado de detalle, mayor será la escala y más difícil resultará pasar de las dinámicas particulares a las generales. Mientras menor es el detalle y mayor la escala, más fácil será apreciar las tendencias de conjunto, y menos posible captar las dinámicas particulares. En lo concreto es evidente que, como lo plantean Lefebvre (1981) y Lipietz (1983), hay fenómenos que se resuelven a escala diferente y requieren por tanto aproximaciones totalmente diferentes. Estos dos factores operan conjuntamente, y será indispensable tener el cuidado de hacer concordar las opciones de representación con las de operación concreta de los fenómenos, a riesgo de producir representaciones completamente distorsionadas.

Además de lo anterior, el problema más complicado consiste en reconocer cuál es la escala más significativa de operación de cada fenómeno, y entender las maneras en que se transmiten los movimientos de unas escalas a otras. Será indispensable identificar no solamente los mecanismos de transmisión de los movimientos de las diferentes escalas, sino también el tipo de relaciones que establecen entre sí: competencia, exclusión, complementariedad, indiferencia, exclusión, marginación, etc. La combinación de estas dos consideraciones debería ofrecer una pista acerca de la manera en que se estructuran las escalas y de cómo se influyen entre sí. La dificultad de esta búsqueda, como en los casos anteriores,

reside en el hecho de que se trata de procesos en cambio continuo. Sin embargo, si el conocimiento en este campo es lo suficientemente sutil, podría llegarse a identificar estructuras de nivel, es decir, situaciones relativamente estables en donde las relaciones entre las escalas y los mecanismos de transmisión se conservan inalteradas. Cuando los mecanismos de transmisión y las escalas de resolución de los elementos se transformen, será necesario reconocer la presencia de transformaciones estructurales.

El interrogante a resolver en este nivel es cómo se expresan y articulan las transformaciones del espacio económico mundial, continental, nacional y urbano. ¿Cuáles son los mecanismos económicos a través de los cuales las tendencias de cambio se propagan a cada nivel, y cómo se transmiten de un nivel al otro?

Bibliografía

- Ansary, Pierre y Schoonbrodt, René 1989 “Penser la ville: choix de textes philosophiques”, en *Archives d’architecture moderne* (Bruselas) p. 479.
- Baumont, Catherine y Huriot, Jean-Marie 1996 “La ville et ses représentations formelles”, en Dericke, P.; Huriot, J.; Pumain, D. *Penser la Ville: théories et modèles* (Paris, Anthropos: Collection Villes) pp.7-51.
- Bollnow, Otto Friedrich 1969 *Hombre y espacio* (Barcelona: Editorial Labor) p. 273.
- Castells, Manuel 1976 *La cuestión urbana* (Madrid: Siglo XXI).
- Coraggio, José Luis 1988 (2^{da}. edición) Territorios en transición. Crítica a la planificación regional en América Latina” (Quito: Editorial Ciudad).
- Cuervo, Luis Mauricio y González, Josefina 1997 *Industria y ciudades en la era de la mundialización: un enfoque socioespacial* (Bogotá: CIDER-Colciencias-Tercer Mundo Editores) p. 461.
- Dericke, P.; Huriot, J.; Pumain, D. 1996 *Penser la Ville: théories et modèles* (Paris, Anthropos: Collection Villes) p. 335.
- Huriot, J.; Dericke, P.; Pumain, D. 1996 “Conclusion: quelle pensée pour la ville”, en Dericke, P.; Huriot, J.; Pumain, D *Penser la Ville: théories et modèles* (Paris, Anthropos: Collection Villes) p. 335.
- Le Berre 1922 “Territoires”, en Bailly, Ferras y Pumain, D. *Encyclopedie de Géographie* (Paris: Economica).
- Léfèbvre, Henri 1981 (2^a. Edición) *La production de l’espace* (Paris: Ed. Anthropos) p. 485.
- Lipietz, Alain 1983 *Le capital et son espace* (Paris: Editions La Découverte).
- Lojkine, Jean 1981 *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana* (México: Siglo XXI).
- Lung, Y. 1987 *Auto-organisation, bifurcation, catastrophe... les ruptures de la dynamique spatiale* (Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux).
- Pradilla, Emilio 1984 *Contribución a la crítica de la “teoría urbana”: del “espacio” a la crisis urbana* (México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco).
- Prigogine, Ilya e Stengers, Isabelle 1986 *La nueva alianza* (París: Folio Ensayos, Ediciones Gallimard).
- Pumain, D.; Sanders, Léna; Saint-Julian, Thérèse 1989 *Villes et auto-organisation* (Paris: Economica), p.183. Pumain, D. & Robic, Marie-Claire 1996 “Théoriser la ville” en Dericke, P.; Huriot, J.; Pumain, D. *Penser la Ville: théories et modèles* (Paris, Anthropos: Collection Villes) pp.107-161.